

completa todos los argumentos de la tradición concepcionista. Depende, en particular, de Eadmero y conoce al poeta y pensador español. En la solución de las dificultades, su argumentación va a ser más ceñida, más tajante, más teológica. Después de él se va a ver claro que la Sagrada Escritura no está en contra de la devoción popular, ni la teología en contra de la poesía. A la adhesión de los pueblos se junta desde ahora la de los sabios, la de los organismos científicos, la de congregaciones religiosas en pleno. Las ciudades y las Universidades empiezan a ponerse bajo el patronato de Nuestra Señora, en

el privilegio de su Inmaculada Concepción. En las Universidades de Oxford y París se celebraba ya la fiesta del 8 de diciembre en 1340, y antes de terminar el siglo una y otra exigían a sus doctores el juramento de defender el dogma. Tan grande fué la transformación realizada en todo el mundo cristiano por las enseñanzas del Doctor Iluminado y el doctor sutil, que un cartujo, llamado Enrique de Hesse, podía escribir ya en 1330: «La verdad de la Concepción Inmaculada de María, por la preservación del pecado original, es admitida en la Iglesia por casi todos, excepto por una Orden».

